

AURELIO GARCÍA MACÍAS

PERE TENA GARRIGA



El camino
de la renovación litúrgica



Cuadernos Phase 288

LITURGIA Y MISIONES

La época en la que se intentaba oponer misión y liturgia, evangelización y sacramentos parece haber pasado, como si estos dos aspectos de la única misión de la Iglesia no se compenetraran íntimamente. Desde el día de Pentecostés, el anuncio de los apóstoles de Jesús «crucificado, a quien Dios ha hecho Señor y Cristo» se combina con la invitación a la conversión y al bautismo: «Arrepentíos y bautizaos todos en el nombre de Jesucristo». El autor de los Hechos añade: «Los que habían aceptado la palabra de Pedro fueron bautizados. La comunidad creció aquel día en unas tres mil personas».¹

De este modo, san Lucas describe el proceso de evangelización: proclamación del feliz anuncio de Cristo resucitado, movimiento de conversión, ratificación en el bautismo, constitución y desarrollo de comunidades cristianas vivas.

La actividad misionera es nada más y nada menos que la manifestación, es decir, la epifanía y la realización, del plan de Dios en el mundo y en su historia [...]. Con la palabra de la predicación y con la celebración de los sacramentos [...] hace presente a Cristo, autor de la salvación.²

Un aspecto de esta actividad misionera merece una reflexión hoy. Se trata de la manera con que se introduce la liturgia en un país de misión cuando se anuncia el Evangelio. A partir de los grandes descubrimientos, desde hace unos cinco siglos, continentes enteros se abrieron a la acción de los misioneros. En América, en África, en la India, en Filipinas, en Corea, en Japón, en

1 Hch 2,36.38.41.

2 AG 9.

Oceanía, los misioneros de diversos países europeos llevaron la liturgia romana con el Evangelio, tal como ellos mismos lo habían recibido y vivido.

Con la actividad apostólica de los misioneros, que a veces continuó durante varios siglos, la liturgia romana se consolidó en gran parte del mundo. Fue acompañado por sus rasgos característicos, comunes a todo el rito: la lengua latina, el canto gregoriano, pero también por ese «rubricismo» que lo había informado y continuó informándolo hasta hace muy poco tiempo. Debido al enfoque pastoral de esa época, ciertas formas de devoción estaban conectadas a la liturgia, nacidas en la Iglesia europea en diferentes épocas y que eran a menudo, incluso para los pueblos recién evangelizados, más elocuentes y expresivas, sobre todo porque estaban en la lengua del pueblo: víacrucis, rosario, visita al Santísimo Sacramento, devociones a santos populares, procesiones, romerías, etc. Poco a poco, el canto gregoriano y las canciones populares cristianas, procedentes de las áreas lingüísticas europeas trasplantadas a los países «colonizados», constituyeron el repertorio original de las comunidades locales. Las devociones propias de alguna congregación religiosa pasaron a ser las de las personas donde trabajaban los misioneros de esa congregación. El resultado fue una liturgia latina ejecutada al pie de la letra, que permaneció ajena al genio y a la naturaleza del pueblo evangelizado, y más o menos rodeada, a veces incluso sumergida, de formas de devoción más simples y comprensibles.

Los misioneros sintieron más agudamente la necesidad de una liturgia viva, mejor adaptada a las mentalidades de los diferentes pueblos. Uno de los propósitos de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* era «revitalizar lo que sirve para llamar a todos al seno de la Iglesia».³

Por ello, ha ofrecido diversas formas de adaptación en la liturgia explícitamente previstas para los países de misión.⁴

En un sentido más amplio, los misioneros fueron invitados a «adaptarse también generosamente a la diversidad de

3 SC 1.

4 Cf. SC 38, 40, 65, 68, 119.

costumbres de los pueblos», y nuevamente «quien esté por ir a otro pueblo, debe tener en gran estima su herencia, sus lenguas y sus costumbres». ⁵

Aunque quizás se intente, como san Pablo, darlo todo a todos, el misionero sigue dependiendo de su propia formación y de sus hábitos. La liturgia que celebra en las lenguas de los pueblos a los que es enviado es ciertamente la liturgia romana, pero al pasar del libro litúrgico a su ejecución, del programa ritual a su implementación, la acción litúrgica está inevitablemente marcada por un componente personal. La del sacerdote que preside tiene igual o mayor importancia que la actitud de la comunidad que celebra.

El misionero debe ser consciente de no introducir en la liturgia celebrada por sus fieles modos externos que ha tomado de su país de origen, de los libros litúrgicos en vigor en él, de las disposiciones del episcopado del país de donde partió, y nuevamente de tus preferencias personales al respecto. Y, al mismo tiempo, debe estar atento a las disposiciones ya dictadas por el episcopado local, colaborar con el clero nativo y aportar su propia contribución tomando como fuente el sentido y el espíritu litúrgico heredado en su formación, distinguiéndolo de las peculiaridades de su propio país.

Tanto en la práctica litúrgica como en otros campos de la misión *ad gentes*, deben tenerse en cuenta las recomendaciones que Juan Pablo II indica en su encíclica *Redemptoris missio*:

Los misioneros, procedentes de otras Iglesias y países, deben integrarse en el mundo sociocultural de aquellos a quienes son enviados, superando los condicionamientos de su propio entorno de origen. Así deben aprender el idioma de la región en la que trabajan, conocer las expresiones más significativas de esa cultura, descubriendo sus valores a través de la experiencia directa. Solo con este conocimiento podrán llevar al pueblo el conocimiento del misterio escondido de manera creíble y fructífera. ⁶ Para ellos no se trata ciertamente de negar su propia identidad cultural, sino

5 AG 25 y 26.

6 Cf. Rom 16,25-27; Ef 3,5.

de comprender, valorar, promover y evangelizar la del entorno en el que actúan y, por tanto, poder comunicarse verdaderamente con él, adoptando un estilo de vida que sea un signo de testimonio evangélico y de solidaridad con el pueblo.

Las comunidades eclesiales en formación, inspiradas en el Evangelio, podrán expresar progresivamente su experiencia cristiana en modos y formas originales, según sus propias tradiciones culturales, siempre que estén siempre en sintonía con las necesidades objetivas de la misma fe. Para ello, especialmente en lo que respecta a los sectores más delicados de la inculturación, las Iglesias particulares de un mismo territorio deberán actuar en comunión entre sí y con toda la Iglesia, convencidas de que solo la atención tanto a la Iglesia universal como a las Iglesias particulares les hará capaces de traducir el tesoro de la fe en la variedad legítima de sus expresiones. Por ello, los grupos evangelizados ofrecerán los elementos para una «traducción» del mensaje evangélico, teniendo en cuenta las aportaciones positivas que se han producido a lo largo de los siglos gracias al contacto del cristianismo con las diversas culturas, pero sin olvidar los peligros de las alteraciones que a veces han sido verificadas.⁷

Notitiae 314 (1992) 561-564.

7 JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris misio*, núm. 53.